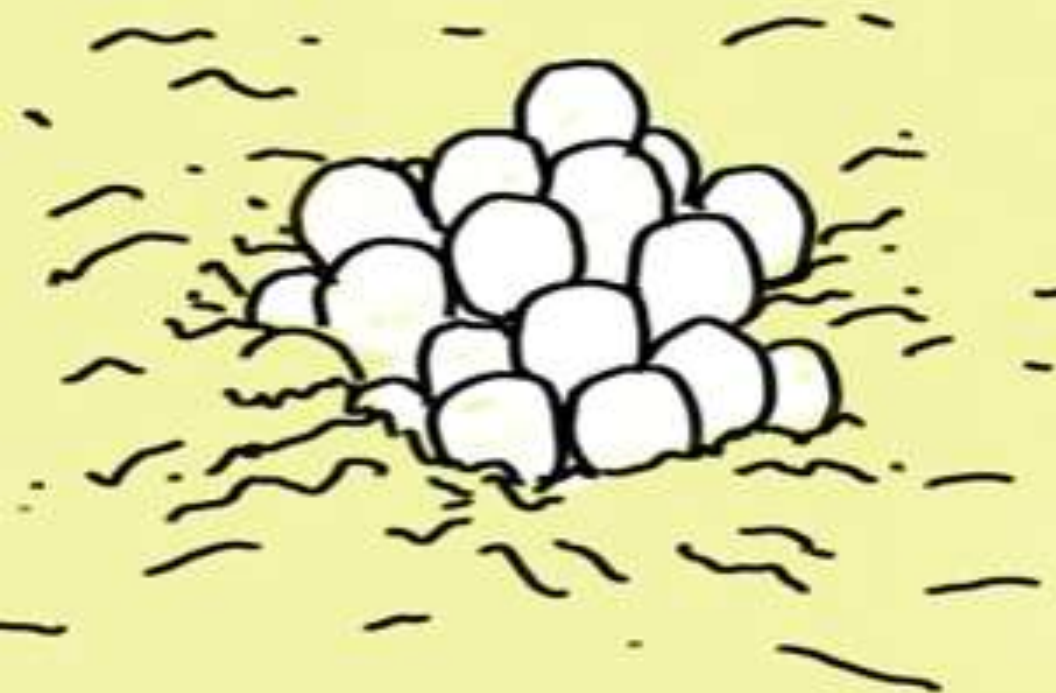


*Historias de dientes presenta:*

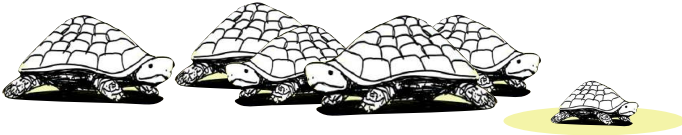
# EL JUEGO DE MANOLO

---

CULTIVEMOS SALUD



## *Cuentos que van de boca en boca*



Manolo fue la única sobreviviente de la treintena de huevos que su madre puso en un lejano lugar. Era una pequeña como muchas y, aunque lo hacía despacio, disfrutaba caminar entre los charcos, jugar con barro, empujar piedras y verlas rodar mientras las demás tortugas solo comían y buscaban donde acomodarse para tomar sol y calentar su cuerpo.

Su vida transcurría en medio de un grupo compuesto por doce tortugas grandes y costumbres tan antiguas como sus pesados cuerpos. Manolo estaba orgullosa de ser parte de este grupo, poseedor de ese movimiento lento y pausado que les dan sus cortas y escamosas patas; del hermoso y resistente caparazón de colores tierra que les protege y de sus tan simpáticas caritas... la serenidad de sus ojos, su discreta nariz y por supuesto! esa increíble boca que, aunque no tiene dientes, le permite probar y comer muchos tipos de plantas.

Ser una tortuga era un orgullo, claro que sí, pero ser el único niño en medio de tantas tortugas adultas y ancianas era muy aburrido. Y aunque es verdad que ellas se mueven muy poco y lo hacen lentamente, a Manolo no le parecía que eso fuera excusa para tener que pasarse la vida durmiendo y comiendo únicamente.

La pequeña tortuga se inventaba formas para pasar su aburrimiento: daba pequeños saltos sobre las hojas secas que encontraba por los caminos y disfrutaba del sonido que hacían al crujir; usaba sus gruesas patas para hundirlas en el barro y dejar huellas que se transformaban en hermosos dibujos que luego contemplaba detenidamente; a veces también acomodaba palitos y hojas sobre las rocas hasta dar forma a sus propias versiones de árboles y nubes. Le hubiera gustado que alguien más hiciera cosas parecidas, pero todas las tortugas que le rodeaban habían olvidado, hace mucho tiempo, que a veces es posible hacer cosas por el puro placer de hacerlas, que no todo en esta vida era comer y dormir.

Pero lo peor no era tener que jugar solo, lo más grave era que las tortugas mayores del grupo habían empezado a molestarla con ella porque era muy inquieta y se movía mucho, por lo que la regañaban constantemente.

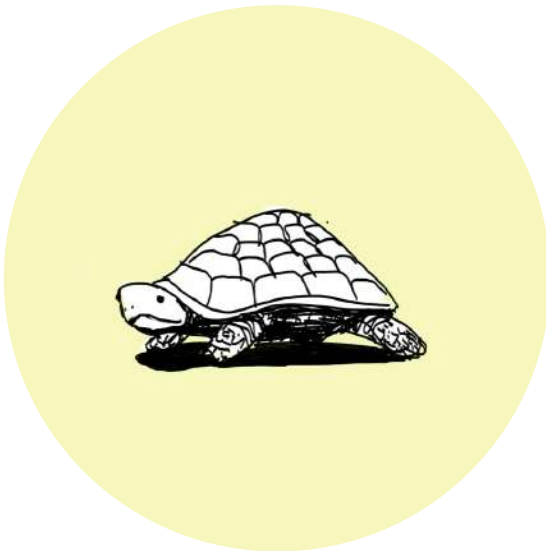
Para Manolo jugar era muy importante y pasaba buena parte de su tiempo tratando de meterse en troncos huecos, pequeñas cuevas y hasta había intentado agregarle a su caparazón, adornos hechos con unas tapas de unas botellas que los humanos habían botado cerca de ahí.

Pero ninguno de sus parientes quería acompañarle, estaban demasiado cansadas, eran demasiado rígidas y acostumbradas a las normas que habían sido establecidas hace siglos. Manolo, en su aburrimiento, descubrió que podía jugar a ser como las tortugas adultas y, a fuerza de observarlas, se hizo experto en imitar el lentísimo parpadeo de la más vieja, la cojera de la más alta, la sonrisa chueca de la más plana, la cara de angustia de la más gorda y lenta de todas. Se divertía muchísimo jugando a ser como cada una de ellas, aprovechando la hora de la siesta (mientras todas dormían) para practicar sus elaboradas creaciones.

Un buen día lo olvidó y en su esfuerzo por encontrar la mejor forma de reproducir la voz de la más regañona de todas ellas, despertó a la anciana de 125 años, que abrió su ojo muy despacio, giró su cabeza para ver de dónde venía ese ruido infernal y, cuando encontró la fuente del sonido, no pudo evitar reírse al ver la perfección que había alcanzado Manolo en su imitación de la tortuga mañosa. Las carcajadas de la vieja tortuga despertaron a las demás y

aunque a la regañona no le hizo mucha gracia, sí se divirtió como nunca en su vida cuando Manolo actuó como la tortuga más nerviosa, escondiéndose en su caparazón y temblando tal como ella lo hacía al asustarse, cuando escucha pasos o los ruidos que provoca el viento.

Esas doce tortugas mayores disfrutaron una tarde fabulosa en la que les quedó bien claro cómo las veía Manolo; desde entonces los juegos y ocurrencias de esa pequeña tortuga, y de todas las que nacieron después, fueron muy bienvenidas y llenaron de alegría las vidas de todo el grupo<sup>1</sup>.



---

<sup>1</sup> Este cuento es una adaptación de "Manolo Derecho al juego y al arte" de Diana Pérez, Colombia.2018 / <https://www.bibliotecadigitaldebogota.gov.co/resources/3714006/>